

Capítulo 1



26 DE JULIO DE 2018

Esa calculadora no es mía.

Sonrí con amargura mientras examino el contenido de la caja de cartón (cepillo y pasta de dientes, ropa de deporte, un paquete de pañuelos, una caja de ibuprofenos, un neceser y cuatro pintalabios sueltos, laca, cepillo y los seis pares de zapatos que guardaba debajo de mi escritorio) y veo la carísima calculadora de escritorio. Solo ha pasado un mes desde que convencí a mi supervisor de que la necesitaba. El vigilante al que le encomendaron juntar todas mis cosas mientras a mí me despedía debe haber pensado que era mía. Probablemente porque tiene escrito «Calla Fletcher» con permanente a modo de advertencia para que no me la robaran.

La compró el banco, pero que se jodan, voy a quedármela.

Me aferro al minúsculo vestigio de satisfacción que me permite esa decisión mientras el metro navega por el túnel de la línea Yonge y miro fijamente mi reflejo en el vidrio. Intentando con desesperación ignorar la espina que tengo clavada en la garganta.

El metro está tan tranquilo y despejado a esta hora que hasta puedo elegir asiento. No recuerdo la última vez que pasó. Llevo cuatro años apretujándome en vagones atiborrados y conteniendo la

respiración por la mezcla de olores corporales y empujones constantes en los viajes del infierno de ida y vuelta al trabajo.

Pero hoy es diferente.

Acababa de darle el último sorbo a mi café con leche de Starbucks (tamaño venti) y de guardar los cambios del Excel cuando me llegó una solicitud de reunión con mi jefe. Me pedía que fuera a la Sala Algonquina. No lo pensé demasiado, cogí un plátano y la libreta y me dirigí a la pequeña sala de conferencias de la segunda planta.

Allí no solo estaba mi jefe, sino también el jefe de mi jefe y Sonia Fuentes, de Recursos Humanos, que sostenía un sobre de papel con mi nombre entre las manos.

Me senté delante de ellos y los escuché recitar por turnos un discurso que ya traían preparado: que el banco acababa de implementar un nuevo sistema que automatizaba muchas de mis tareas como analista de riesgos y, por lo tanto, mi posición había dejado de existir; que era una empleada excepcional y que de ninguna manera esto se debía a mi rendimiento; que la compañía iba a apoyarme durante la «transición».

Debo ser la única persona en la historia de la humanidad que se ha comido un plátano mientras perdía el trabajo.

La «transición» empezaría de inmediato. Tan de inmediato que no me permitieron volver al escritorio para recoger mis cosas ni para despedirme de mis compañeros. Iban a escoltarme hasta el puesto de seguridad como a una criminal, donde me darían una caja con mis cosas y me acompañarían a la puerta. Aparentemente, ese es el protocolo estándar para despedir a los empleados de un banco.

Cuatro años de analizar hojas de cálculo hasta que me dolieran los ojos y de lamer el culo de los comerciantes egoístas con la esperanza de que hablaran bien de mí cuando apareciera alguna oportunidad

de ascenso; de quedarme hasta tarde para cubrir a otros analistas de riesgos; de planificar actividades de formación de equipos que no involucraran zapatos de bolos ni bufés libres. Pero nada de eso importó. Después de una reunión improvisada de quince minutos, estoy oficialmente en paro.

Sabía que el sistema de automatización no tardaría en llegar. Sabía que reducirían la cantidad de analistas de riesgos y que redistribuirían las tareas. Pero, como una estúpida, estaba convencida de que era demasiado valiosa para que me despidieran.

¿Cuántas cabezas más habrán rodado hoy?

¿Solo la mía?

Oh, por Dios, ¿y si soy la única que ha perdido su trabajo?

Pestañeo para intentar alejar las lágrimas, aunque algunas han logrado escapar. Con dedos veloces, cojo un pañuelo y un espejo portátil de la caja y me lo apoyo debajo de los ojos con delicadeza para no estropear el maquillaje.

El metro se detiene de golpe. Varias personas entran y salen disparadas como gatos callejeros para encontrar un asiento lo más lejos posible del resto de pasajeros. Todos menos un hombre con uniforme azul. Elije el asiento rojo que queda en diagonal desde donde estoy y se deja caer.

Inclino las rodillas hacia un lado para evitar rozarle el muslo.

Coge el gastado ejemplar de la revista *NOW* que alguien ha dejado en el asiento de al lado y empieza a abanicarse con él. Deja escapar un suspiro con un leve aroma a pastrami.

—Quizá debería quedarme aquí abajo, que se está fresco. Con esta humedad, no quiero ni imaginarme salir —murmura para nadie en particular mientras se limpia las gotas de sudor que le bajan por la frente, ignorando por completo lo fastidiada que estoy.

Hago ver que no lo escucho porque ninguna persona en su sano juicio habla sola en el metro. Cojo el móvil para releer los mensajes que le he enviado a Corey mientras estaba paralizada en Front Street, intentando procesar lo que acababa de ocurrir.

Acaban de despedirme.

Mierda. Lo siento.

¿Podemos tomar un café?

No puedo. Atrapado. Clientes todo el día.

¿Por la noche?

Veremos. ¿Te llamo luego?

La pregunta final ya me ha dejado claro que, a estas alturas, ni siquiera me garantiza una llamada rápida para consolar a su novia. Sé que últimamente se ha visto sometido a mucha presión. La agencia publicitaria en la que trabaja lo tiene esclavizado a fin de contentar a su cliente corporativo más grande (e indomable), y debe tener éxito en esta campaña si quiere tener posibilidades de conseguir el ascenso por el que lleva dos años luchando. Solo lo he visto un par de veces en tres semanas. No debería sorprenderme que no pueda dejarlo todo para encontrarse conmigo.

Sin embargo, no puedo evitar sentirme decepcionada.

—¿Sabes qué? En días como este desearía ser mujer. Podéis usar mucha menos ropa.

Esta vez, el hombre sudoroso me está hablando directamente a mí. Y las piernas que la falda deja a la vista.

Lo fulmino con la mirada, junto los muslos y me alejo. Convierto mi pelo en una especie de cortina.

Por fin se da cuenta de que no estoy de humor.

—Ah, con que tienes uno de esos días. —Señala la caja que llevo en el regazo—. No te preocupes, no estás sola. He visto a mucha gente haciendo el paseo de la vergüenza a casa después de que los despidieran.

Diría que tiene cincuenta y pocos, con el pelo más blanco que negro y prácticamente inexistente en la coronilla. Un vistazo rápido a su camisa me muestra una etiqueta donde pone WILLIAMSONS CUSTODIAN CO. Debe trabajar para una de esas empresas de limpieza que empresas como la mía subcontratan. Los veía cuando trabajaba hasta tarde, empujando tranquilamente sus carritos por los pasillos de los cubículos, tratando de no molestar a los empleados mientras vacían los contenedores de basura.

—Lo he dejado —miento mientras vuelvo a tapar la caja para alejar el contenido de sus ojos curiosos. Mi herida sigue demasiado abierta como para hablarlo con un desconocido.

Sonríe de un modo que delata que no me cree.

—¿Y por qué lo has dejado?

—No lo he dejado —admito con un suspiro tembloroso—. Ya sabes, reestructuración.

—Oh, sí, lo sé bien. —Hace una pausa y me estudia con intención—. Pero ¿te gustaba tu trabajo?

—¿Hay alguien a quien le guste su trabajo?

—Eres muy joven para ser tan cínica. —Se ríe—. ¿Al menos te llevabas bien con tus compañeros?

Pienso en mi equipo. Mark, el jefe de mi área, con su aliento permanente a café y esas reuniones cuyo único propósito era validarse a sí mismo, tomaba nota del minuto en que te levantabas para ir a almorzar y el minuto en que volvías a tu escritorio. Tara, la obsesiva que no tenía vida fuera del trabajo, que se pasaba los fines de semana enviando correos con sugerencias para mejorar los procesos con el asunto: «¡Urgente! Se necesita respuesta» para sabotear la bandeja de entrada de todo el mundo a primera hora del lunes. Raj y Adnan eran bastante agradables, aunque nunca sugiriesen tomar algo después de la oficina y no pudieran soportar un simple «buenos días, ¿cómo estás?» de mi parte sin ruborizarse. Y luego está May, que se sentaba en el escritorio de al lado, que nunca mandaba a tiempo sus informes y que comía col fermentada en el sitio de trabajo, aunque hay una regla de Recursos Humanos que prohíbe llevar a la oficina comidas con un olor fuerte. Me forzaba a dejar mi escritorio o tener náuseas durante diez minutos.

Cada.

Maldito.

Día.

—La verdad es que no —admito. Para ser sincera, no recuerdo la última vez que no tuve que luchar para salir de la cama o que no miré el reloj con insistencia para ver pasar las horas. Me encantaba el momento de apagar el ordenador y coger el abrigo al final de la jornada.

—Entonces puede que el despido haya sido algo bueno —dice sonriendo.

—Sí, puede ser. —Se acerca la estación Davisville. Suspiro por el alivio que me produce poder terminar esta conversación sin ser alevosamente grosera y me deslizo en el asiento. Agarro la caja con un brazo y me aferro a la barra con firmeza a la espera de que el metro se detenga.

—No me preocuparía demasiado por eso. Eres joven. —El hombre levanta su cuerpo del asiento cuando el vagón se detiene de golpe—. Y hay mucha oferta de lo tuyo. En un par de semanas estarás deslizando tu tarjeta de acceso en otro banco.

Solo intenta hacerme sentir mejor. Le dedico una sonrisa apretada pero amable.

Las puertas se abren y salgo hacia el andén. Siento la voz del hombre cerca, a mi espalda.

—¿Sabes qué? Hace quince años yo estaba igual que tú, cargando mi propia caja por el centro de Toronto. Aunque me habían herido el amor propio, también fue una buena patada en el culo. Decidí usar la indemnización para crear una empresa de limpieza con mis hermanos. Jamás creí que esa sería mi vocación, pero resultó ser lo mejor que me ha pasado. No quisiera estar haciendo otra cosa, ni siquiera en los peores días. —Guiña un ojo y agita el periódico enrollado en el aire—. Es el destino. Te esperan cosas mejores y más grandes, señorita. Lo sé.

Me quedo de pie en la plataforma, sosteniendo mi caja de cartón, mientras observo como el hombre se dirige a la salida. Silba mientras, de paso, comprime los papeles del cesto de basura como si de verdad limpiar baños y barrer el suelo lo hiciera feliz.

Aunque puede que tenga razón. Quizá perder mi trabajo acabe siendo de las mejores cosas que me han pasado.

Sacudo la cabeza y comienzo a avanzar hacia la salida. Doy tres pasos y el fondo de la caja cede, dejando todas mis pertenencias desparramadas sobre el sucio pavimento.



Tengo la piel cubierta por una fina capa de sudor cuando llego arrastrando los pies al sendero de piedras de la entrada de nuestra casa, que está a diez minutos caminando de la estación. Hace quince años que vivo aquí con mi madre y mi padrastro, Simon, que compró la propiedad a sus padres por un precio muy conveniente. Una inversión muy inteligente por su parte porque los precios de las viviendas en Toronto no paran de subir. Cada día nos llaman agentes inmobiliarios que quieren ofrecer a sus clientes esta casa victoriana de buen tamaño situada en un terreno espacioso y bien ubicado en una esquina. A lo largo de los años la han restaurado entera. La última tasación valoró la propiedad en dos millones.

Es casi mediodía. Solo quiero darme una ducha larga y caliente mientras lloro, arrastrarme a la cama y evitar cualquier interacción (bien intencionada o no) hasta mañana.

Estoy a punto de llegar a la puerta cuando se abre la puerta secundaria que lleva al consultorio psiquiátrico de Simon y una mujer diminuta y de mediana edad sale disparada, llorando, vestida con un traje pantalón que no le queda bien. Nuestros ojos se cruzan por una fracción de segundo, antes de que ella agache la cabeza y pase corriendo junto a mí hacia un neón verde. Debe ser una paciente. Supongo que la consulta no ha salido muy bien. O quizá sí. Simon siempre dice que los avances reales no son fáciles. Sea como sea, me reconforta saber que no soy la única que está teniendo un día de mierda.

Ya dentro de la casa, me quito los tacones y dejo caer al suelo la caja rota, feliz de deshacerme de ella. Dos de mis pintalabios de cuarenta dólares se han roto al impactar contra el suelo del andén y mi zapato izquierdo para correr (de un par nuevo y caro) ahora vive al lado de las vías del metro. Durante un segundo consideré bajar a buscarlo,

pero me imaginé el titular de los periódicos: «Analista de riesgos a la que acaban de despedir salta hacia la muerte» y decidí que ese no era el motivo por el que me gustaría aparecer en las noticias.

—¿Hola? —grita mi madre desde la cocina.

Contengo un gruñido mientras tiro la cabeza hacia atrás. Mierda. Es verdad, es jueves. Los jueves no va a la florería hasta las dos.

—Soy yo.

El suelo de madera cruje mientras se acerca con su falda rosa y ligera acariciándole los tobillos.

Simon la sigue, con el chaleco de punto que lleva siempre, a conjunto con sus pantalones. Da igual el calor que haga, él siempre tiene el aire acondicionado puesto.

Reprimo otro gruñido. Esperaba que estuviera en casa (casi siempre está en casa), pero demasiado ocupado con su siguiente paciente como para escucharme entrar.

—¿Qué haces aquí? —Mi madre frunce el ceño mientras baja la mirada a la caja del suelo—. ¿Qué es eso?

A sus espaldas, Simon parece igual de preocupado.

Me veo obligada a repasar la horrorosa mañana, les entrego el sobre con mi acuerdo de despido y siento como me crece el nudo de la garganta mientras hablo. Hasta ahora he estado bien, pero cada vez me cuesta más mantener a raya las lágrimas.

—¡Oh, cariño! ¡Lo siento!

Mamá mira fijamente a Simon y sé exactamente por qué. Mike, el mejor amigo de Simon, es el vicepresidente del banco. Fue él quien me consiguió el trabajo. Me pregunto si Mike sabía que mi puesto era uno de los que se vería afectados. ¿Se lo habrá advertido a Simon? ¿Simon sabía cómo iba a terminar mi día cuando dejé los platos del desayuno en el lavavajillas y me despedí a primera hora?

Ya se está poniendo las gafas para estudiar los papeles del acuerdo.

Mientras tanto, mi madre me abraza y empieza a acariciarme el pelo como cuando era una niña pequeña que necesitaba consuelo. Es cómico teniendo en cuenta que soy bastante más alta que ella.

—No te preocupes. Todos hemos pasado por esto.

—¡No! ¡Ninguno habéis pasado por esto! —Simon siempre se queja de que tiene más pacientes de los que puede atender y mamá hace once años que lleva una florería en Yonge Street.

—Bueno, no, pero... le pasó a tu abuelo, y al hermano de Simon, Norman. Y a los vecinos, ¡no te olvides de ellos! —balbucea.

—Sí, ¡pero todos tenían cuarenta años! ¡Yo solo tengo veintiséis!

Mamá me mira con exaspero, pero luego frunce todavía más el ceño, tanto que se le arruga la frente.

—¿A quién más han despedido?

—No lo sé. No he visto a nadie más en seguridad. —¿Puede ser que el resto de mi equipo esté cómodamente sentado en su escritorio, hablando sobre mí en este mismo momento? ¿Lo veían venir?

Me masajea los hombros.

—Bueno, es obvio que ese lugar lo dirigen un puñado de idiotas si están dispuestos a perder a su mejor empleada, sin mencionar la más inteligente. —Otra mirada a Simon pensando en Mike.

¿Qué iba a decir? Es mi madre. Pero... me hace sentir un poco mejor.

Apoyo la cabeza en su hombro, buscando consuelo en el delicado aroma floral de su perfume y en la suavidad de su contacto mientras miramos en silencio como Simon analiza los papeles, a la espera de un veredicto.

—Cuatro meses de paga con beneficios... Asesoramiento con una agencia de empleo... parece bastante estándar —dice Simon con

ese acento británico digno de Hugh Grant al que todavía se aferra después de treinta años viviendo en Canadá—. Estás en una buena posición. No tienes que preocuparte del alquiler o una hipoteca. Tus gastos son mínimos. —Desliza las gafas por encima de su escaso pelo gris y me mira fijamente—. Pero ¿cómo te hace sentir?

Simon siempre me pregunta cómo me hacen sentir las cosas, sobre todo cuando sabe que no quiero hablar de eso. Es psiquiatra y no puede evitar psicoanalizar a todo el mundo. Mi madre siempre dice que es porque quiere enseñarme a sentirme cómoda con mis emociones. Lo hace desde el día en que lo conocí, cuando tenía ocho años y me preguntó cómo me hacía sentir que mi madre tuviera novio.

—Me hace sentir que necesito estar sola.

—Muy bien —asiente.

Junto mis papeles de despido y me dirijo a la escalera.

—¿Susan, quieres decir algo más?

—¡Ahora no! —sisea ella.

Cuando me doy la vuelta, los encuentro comunicándose con una serie de miradas, gestos con las cejas y señales con las manos. Son famosos por este numerito. Es divertido... cuando no tiene que ver conmigo.

—¿Qué pasa?

—Nada. Podemos hablarlo luego, cuando estes más tranquila —dice mi madre con voz suave y una sonrisa apretada.

—Solo dímelo. —Suspiro.

—Han llamado —suelta al fin. Duda—. De Alaska.

La incomodidad me recorre la columna vertebral. Solo conozco una persona en Alaska y hace doce años que no hablo con él.

—¿Qué quería?

—No lo sé. No he llegado a coger el teléfono y no ha dejado ningún mensaje.

—Supongo que no sería nada.

Su ceño fruncido me indica que no piensa lo mismo. Incluso cuando nos hablábamos, nunca era él quien hacía el esfuerzo de calcular la diferencia horaria para llamar.

—Quizá deberías llamarlo.

—Mañana. —Sigo subiendo las escaleras—. Hoy ya he llegado a mi límite de decepciones.

Y mi padre ya ha sobrepasado el límite de toda una vida.